

HERNÁNDEZ, JOSÉ (1834-1886)

*EL GAUCHO MARTIN FIERRO*

ÍNDICE:

- I. *Cantor y gaucho*
- II. *Ayer y hoy*
- III. *Sirviendo en la frontera*
- IV. *El pulpero. A buena cuenta*
- V. *Gringos en la frontera. La estaquiada*
- VI. *Desertor. Las ruinas del rancho*
- VII. *Pelea con el moreno*
- VIII. *El ser gaucho es un delito*
- IX. *Matreriando. La lucha con la partida*
- X. *Por culpa de una mujer*
- XI. *A bailar un pericón*
- XII. *Ansí estuve en la partida*
- XIII. *A los indios me refalo*

*EL GAUCHO MARTÍN FIERRO*

I. *Cantor y gaucho*

1

Aquí me pongo a cantar  
Al compás de la vigüela,  
Que el hombre que lo desvela  
Una pena extraordinaria  
Como la ave solitaria  
Con el cantar se consuela.

2

Pido a los Santos del Cielo  
Que ayuden mi pensamiento;  
Les pido en este momento  
Que voy a cantar mi historia  
Me refresquen la memoria  
Y aclaren mi entendimiento.

3

Vengan Santos milagrosos,  
Vengan todos en mi ayuda,  
Que la lengua se me añuda  
Y se me turba la vista;  
Pido a Dios que me asista  
En una ocasión tan ruda.

4

Yo he visto muchos cantores,  
Con famas bien obtenidas,  
Y que después de adquiridas  
No las quieren sustentar  
Parece que sin largar  
se cansaron en partidas

5

Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar;  
nada lo hace recular  
ni los fantasmas lo espantan,  
y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.

6

Cantando me he de morir  
Cantando me han de enterrar,  
Y cantando he de llegar  
Al pie del eterno padre:  
Dende el vientre de mi madre  
Vine a este mundo a cantar.

7

Que no se trabe mi lengua  
Ni me falte la palabra:  
El cantar mi gloria labra  
Y poniéndome a cantar,  
Cantando me han de encontrar  
Aunque la tierra se abra.

8

Me siento en el plan de un bajo  
A cantar un argumento:  
Como si soplara el viento  
Hago tiritar los pastos;  
Con oros, copas y bastos  
Juega allí mi pensamiento.

9

Yo no soy cantor letrao,  
Mas si me pongo a cantar  
No tengo cuándo acabar  
Y me envejezco cantando:  
Las coplas me van brotando  
Como agua de manantial.

10

Con la guitarra en la mano  
Ni las moscas se me arriman,  
Naidas me pone el pie encima,  
Y cuando el pecho se entona,  
Hago gemir a la prima  
Y llorar a la bordona.

11

Yo soy toro en mi rodeo  
Y torazo en rodeo ajeno;  
Siempre me tuve por güeno  
Y si me quieren probar,  
Salgan otros a cantar  
Y veremos quién es menos.

12

No me hago al lao de la güeya  
Aunque vengan degollando,  
Con los blandos yo soy blando  
Y soy duro con los duros,  
Y ninguno en un apuro  
Me ha visto andar tutubiando.

13

En el peligro, ¡qué Cristos!  
El corazón se me enancha,  
Pues toda la tierra es cancha,  
Y de eso naidas se asombre:

El que se tiene por hombre  
Ande quiere hace pata ancha.

14

Soy gaucho, y entiendaló  
Como mi lengua lo esplica:  
Para mí la tierra es chica  
Y pudiera ser mayor;  
Ni la víbora me pica  
Ni quema mi frente el sol

15

Nací como nace el peje  
En el fondo de la mar;  
Naides me puede quitar  
Aquello que Dios me dio  
Lo que al mundo truje yo  
Del mundo lo he de llevar.

16

Mi gloria es vivir tan libre  
Como el pájaro del cielo:  
No hago nido en este suelo  
Ande hay tanto que sufrir,  
Y naides me ha de seguir  
Cuando yo remuento el vuelo.

17

Yo no tengo en el amor  
Quien me venga con querellas;  
Como esas aves tan bellas  
Que saltan de rama en rama,  
Yo hago en el trébol mi cama,  
Y me cubren las estrellas.

18

Y sepan cuantos escuchan  
De mis penas el relato,  
Que nunca peleo ni mato  
Sino por necesidá,  
Y que a tanta alversidá  
Sólo me arrojó el mal trato

19

Y atiendan la relación  
que hace un gaucho perseguido,

que padre y marido ha sido  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo la gente  
lo tiene por un bandido

## II. *Ayer y hoy*

20

Ninguno me hable de penas,  
porque yo penado vivo,  
y naides se muestre altivo  
aunque en el estribo esté:  
que suele quedarse a pie  
el gaucho mas alvertido.

21

Junta esperencia en la vida  
hasta pa dar y prestar  
quien la tiene que pasar  
entre sufrimiento y llanto,  
porque nada enseña tanto  
como el sufrir y el llorar.

22

Viene el hombre ciego al mundo,  
cuartiándolo la esperanza,  
y a poco andar ya lo alcanzan  
las desgracias a empujones,  
¡la pucha, que trae liciones  
el tiempo con sus mudanzas!

23

Yo he conocido esta tierra  
en que el paisano vivía  
y su ranchito tenía  
y sus hijos y mujer...  
era una delicia el ver  
como pasaba sus días.

24

Entonces... cuando el lucero  
brillaba en el cielo santo,  
y los gallos con su canto  
nos decían que el día llegaba,

a la cocina rumbiaba  
el gaucho... que un encanto.

25

Y sentao junto al jogón  
a esperar que venga el día,  
al cimarrón le prendía  
hasta ponerse rechoncho,  
mientras su china dormía  
tapadita con su poncho.

26

Y apenas la madrugada  
empezaba coloriar,  
los pájaros a cantar,  
y las gallinas a apiarse,  
era cosa de largarse  
cada cual a trabajar.

27

Este se ata las espuelas,  
se sale el otro cantando,  
uno busca un pellón blando,  
este un lazo, otro un rebenque,  
y los pingos relinchando  
los llaman dende el palenque.

28

El que era pion domador  
enderezaba al corral,  
ande estaba el animal  
bufidos que se las pela ...  
y más malo que su agüela,  
se hacia astillas el bagual.

29

Y allí el gaucho inteligente,  
en cuanto el potro enriendó,  
los cueros le acomodó  
y se le sentó en seguida,  
que el hombre muestra en la vida  
la astucia que Dios le dio.

30

Y en las playas corcoviando  
pedazos se hacía el sotreta

mientras él por las paletas  
le jugaba las lloronas,  
y al ruido de las caronas  
salía haciendo gambetas.

31

¡Ah, tiempos!... ¡Si era un orgullo  
ver jinetear un paisano!  
Cuando era gaucho baquiano,  
aunque el potro se boliase,  
no había uno que no parese  
con el cabresto en la mano.

32

Y mientras domaban unos,  
otros al campo salían  
y la hacienda recogían,  
las manadas repuntaban,  
y así sin sentir pasaban  
entretenidos el día.

33

Y verlos al cair la tarde  
en la cocina riunidos,  
con el juego bien prendido  
y mil cosas que contar,  
platicar muy divertidos  
hasta después de cenar.

34

Y con el buche bien lleno  
era cosa superior  
irse en brazos del amor  
a dormir como la gente,  
pa empezar el día siguiente  
las fainas del día anterior.

35

Ricuerdo ¡qué maravilla!  
Cómo andaba la gauchada  
siempre alegre y bien montada  
y dispuesta pa el trabajo...  
pero hoy en día... ¡barajo!  
No se la ve de aporriada.

36

El gaucho más infeliz  
tenía tropilla de un pelo,  
no le faltaba un consuelo  
y andaba la gente lista...  
teniendo al campo la vista,  
sólo vía hacienda y cielo.

37

Cuando llegaban las yerras,  
¡cosa que daba calor!  
Tanto gaucho pialador  
y tironiador sin yel.  
¡Ah, tiempos... pero si en él  
se ha visto tanto primor!

38

Aquello no era trabajo,  
mas bien era una junción,  
y después de un güen tirón  
en que uno se daba mana,  
pa darle un trago de cana  
solía llamarlo el patrón.

39

Pues vivía la mamajuana  
siempre bajo la carreta,  
y aquel que no era chancleta,  
en cuanto el goyete vía,  
sin miedo se le prendía  
como güérfano a la teta.

40

¡Y qué jugadas se armaban  
cuando estábamos riunidos!  
Siempre íbamos prevenidos,  
pues en tales ocasiones  
a ayudarle a los piones  
caiban muchos comedidos.

41

Eran los días del apuro  
y alboroto pa el hembraje,  
pa preparar los potajes  
y osequiar bien a la gente,  
y así, pues, muy grandemente,  
pasaba siempre el gauchaje.



42

Vení, a la carne con cuero,  
la sabrosa carbonada,  
mazamorra pien pisada,  
los pasteles y el güen vino...  
pero ha querido el destino  
que todo aquello acabara.

43

Estaba el gaucho en su pago  
con toda siguridá,  
pero aura... ¡barbaridá!,  
La cosa anda tan fruncida,  
que gasta el pobre la vida  
en juir de la autoridá.

44

Pues si usté pisa en su rancho  
y si el alcalde lo sabe,  
lo caza lo mesmo que ave  
aunque su mujer aborte...  
¡no hay tiempo que no se acabe  
ni tiento que no se corte!.

45

Y al punto dese por muerto  
si el alcalde lo bolea,  
pues ahí nomás se le apea  
con una felpa de palos;  
Y después dicen que es malo  
el gaucho si los pelea.

46

Y el lomo le hinchan a golpes,  
y le rompen la cabeza,  
y luego con ligereza,  
ansí lastimao y todo,  
lo amarran codo a codo  
y pa el cepo lo enderiezan.

47

Áhi comienzan sus desgracias,  
áhi principia el pericón,  
porque ya no hay salvación,  
y que usté quiera o no quiera,

lo mandan a la frontera  
o lo echan a un batallón.

48

Ansí empezaron mis males  
lo mesmo que los de tantos;  
si gustan... en otros cantos  
les diré lo que he sufrido,  
después que uno está... perdido  
no lo salvan ni los santos.

### III. *Sirviendo en la frontera*

49

tuve en mi pago en un tiempo  
hijos, hacienda y mujer,  
pero empecé a padecer,  
me echaron a la frontera,  
¡y qué iba a hallar al volver!  
Tan sólo hallé la tapera.

50

Sosegao vivía en mi rancho  
como el pájaro en su nido,  
allí mis hijos queridos  
iban creciendo a mi lao...  
sólo queda al desgraciao  
lamentar el bien perdido.

51

Mi gala en las pulperías  
era, en habiendo más gente,  
ponerme medio caliente,  
pues cuando puntiao me encuentro  
me salen coplas de adentro  
como agua de la virtiente.

52

Cantando estaba una vez  
en una gran diversión,  
y aprovecho la ocasión  
como quiso el juez de paz...  
se presentó, y ahí nomás  
hizo arriada en montón.

53

Juyeron los más matreros  
y lograron escapar:  
yo no quise disparar,  
soy manso y no había porqué,  
muy tranquilo me quedé  
y así me dejé agarrar

54

allí un gringo con un órgano  
y una mona que bailaba,  
haciéndonos rair estaba,  
cuanto le tocó el arreo,  
¡tan grande el gringo y tan feo,  
lo viera cómo lloraba!.

55

Hasta un inglés zanjiador  
que decía en la última guerra  
que él era de inca-la-perra  
y que no quería servir,  
también tuvo que juir  
a guarecerse en la sierra.

56

Ni los mirones salvaron  
de esa arriada de mi flor,  
fue acoyarao el cantor  
con el gringo de la mona,  
a uno solo, por favor,  
logró salvar la patrona.

57

Formaron un contingente  
con los que del baile arriaron,  
con otros nos mesturaron,  
que habían agarrao también,  
las cosas que aquí se ven  
ni los diablos las pensaron.

58

A mí el juez me tomó entre ojos  
en la última votación:  
me le había hecho el remolón  
y no me arrimé ese día,

y él dijo que yo servía  
a los de la esposición.

59

Y así sufrí ese castigo  
tal vez por culpas ajenas,  
que sean malas o sean güenas  
las listas, siempre me escondo:  
yo soy un gaucho redondo  
y esas cosas no me enllenan.

60

Al mandarnos nos hicieron  
más promesas que a un altar,  
el juez nos jue a proclamar  
y nos dijo muchas veces:  
muchachos, a los seis meses  
los van a ir a relevar.

61

Yo llevé un moro de número  
¡sobresaliente el matucho!  
Con él gané en ayacucho  
más plata que agua bendita:  
siempre el gaucho necesita  
un pingo pa fiarle un pucho.

62

Y cargué sin dar mas güeltas  
con las prendas que tenía:  
jergas, ponchos, todo cuanto había  
en casa, tuito lo alcé:  
a mi china la dejé  
medio desnuda ese día.

63

No me falta una guasca,  
esa ocasión eché el resto,  
bozal, maniador, cabresto,  
lazo, bolas y manea...  
¡el que hoy tan pobre me vea  
tal vez no creerá todo esto!.

64

Ansí en mi moro, escarciando,  
enderecé a la frontera.

¡Aparcero si usted viera  
lo que se llama cantón!...  
Ni envidia tengo al ratón  
en aquella ratonera.

65

De los pobres que allí había  
a ninguno lo largaron,  
los más viejos rezongaron,  
pero a uno que se quejó  
en seguida lo estaquiaron,  
y la cosa se acabó.

66

En la lista de la tarde  
el jefe nos cantó el punto  
diciendo: quinientos juntos  
llevará el que se resierte;  
lo haremos pitar del juerte,  
mas bien dese por dijunto.

67

A naides le dieron armas,  
pues toditas las que había  
el coronel las tenía,  
sigún dijo esa ocasión,  
pa repartirlas el día  
en que hubiera una invasión.

68

Al principio nos dejaron  
de haraganes criando sebo,  
pero después... no me atrevo  
a decir lo que pasaba...  
¡barajo!... Si nos trataban  
como se trata a malevos.

69

Porque todo era jugarle  
por los lomos con la espada,  
y aunque usted no hiciera nada,  
lo mesmito que en palermo,  
le daban cada cepiada  
que lo dejaban enfermo.

70

¡Y qué indios, ni qué servicio;  
si allí no había ni cuartel!  
Nos mandaba el coronel  
a trabajar en sus chacras,  
y dejábamos las vacas  
que las llevara el infiel.

71

Yo primero sembré trigo  
y después hice un corral,  
corté adobe pa un tapial,  
hice un quincho, corté paja...  
¡la pucha que se trabaja  
sin que le larguen un rial!

72

Y es lo peor de aquel enriedo  
que si uno anda hinchando el lomo  
se le apean como un plomo...  
¡quién aguanta aquel infierno!  
si eso es servir al gobierno,  
a mí no me gusta el cómo.

73

Más de un año nos tuvieron  
en esos trabajos duros;  
y los indios, le aseguro  
dentaban cuando querían:  
como no los perseguían,  
siempre andaban sin apuro.

74

A veces decía al volver  
del campo la descubierta  
que estuviéramos alerta,  
que andaba adentro la indiada,  
porque había una rastrillada  
o estaba una yegua muerta.

75

Recién entonces salía  
la orden de hacer la riunión,  
y caíbamos al cantón  
en pelos y hasta enancaos,  
sin armas, cuatro pelaos

que íbamos a hacer jabón.

76

Ahi empezaba el afán  
-se entiende, de puro vicio-  
de enseñarle el ejercicio  
a tanto gaucho recluta,  
con un estrutor... ¡qué... Bruta!  
que nunca sabía su oficio.

77

Daban entonces las armas  
pa defender los cantones,  
que eran lanzas y latones  
con ataduras de tiento...  
las de juego no las cuento  
porque no había municiones.

78

Y un sargento chamuscao  
me contó que las tenían  
pero que ellos la vendían  
para cazar avestruces;  
y así andaban noche y día  
dele bala a los ñanduces.

79

Y cuando se iban los indios  
con lo que habían manotiao,  
salíamos muy apuraos  
a perseguirlos de atrás;  
si no se llevaban más  
es porque no habían hallao.

80

Allí sí, se ven desgracias  
y lágrimas y afliciones;  
naides le pida perdones  
al indio: pues donde dentra,  
roba y mata cuanto encuentra  
y quema las poblaciones.

81

No salvan de su juror  
ni los pobres angelitos;  
viejos, mozos y chiquitos

los mata del mismo modo:  
que el indio lo arregla todo  
con la lanza y con gritos.

82

Tiemblan las carnes al verlo  
volando al viento la cerda,  
la rienda en la mano izquierda  
y la lanza en la derecha;  
ande enderieza abre brecha  
pues no hay lanzazo que pierda.

83

Hace trotiadas tremendas  
desde el fondo del desierto;  
así llega medio muerto  
de hambre, de sé y de fatiga;  
pero el indio es una hormiga  
que día y noche está despierto.

84

Sabe manejar las bolas  
como naides las maneja;  
cuanto el contrario se aleja,  
manda una bola perdida,  
y si lo alcanza, sin vida  
es siguro que lo deja.

85

Y el indio es como tortuga  
de duro para espichar;  
si lo llega a destripar  
ni siquiera se le encoge;  
luego sus tripas recoge,  
y se agacha a disparar.

86

Hacían el robo a su gusto  
y después se iban de arriba;  
se llevaban las cautivas,  
y nos contaban que a veces  
les descarnaban los pieses,  
a las pobrecitas, vivas.

87

¡Ah! ¡si partía el corazón



ver tantos males, canejo!  
los perseguíamos de lejos  
sin poder ni galopiar;  
¡y qué habíamos de alcanzar  
en unos vichocos viejos!

88

Nos volvíamos al cantón  
a las dos o tres jornadas,  
sembrando las caballadas;  
y pa que alguno la venda,  
rejuntábamos la hacienda  
que habían dejao rezagada.

89

Una vez entre otras muchas,  
tanto salir al botón,  
nos pegaron un malón  
los indios y una lanciada,  
que la gente acobardada  
quedó dende esa ocasión.

90

Habían estao escondidos  
aguaitando atrás de un cerro...  
¡lo viera a su amigo Fierro  
aflojar como un blandito!  
salieron como maíz frito  
en cuanto sonó un cencerro.

91

Al punto nos dispusimos  
aunque ellos eran bastantes;  
la formamos al instante  
nuestra gente, que era poca,  
y golpiándose en la boca  
hicieron fila adelante.

92

Se vinieron en tropel  
haciendo temblar la tierra.  
no soy manco pa la guerra  
pero tuve mi jabón,  
pues iba en un redomón  
que había boleao en la sierra.

93

¡Qué vocerío! ¡qué barullo!  
¡qué apurar esa carrera!  
la indiada todita entera  
dando alaridos cargó,  
¡jue pucha!... Y ya nos sacó  
como yeguada matrera.

94

¡Qué fletes traiban los bárbaros!  
¡como una luz de ligeros!  
hicieron el entrevero  
y en aquella mezclanza,  
este quiero, éste no quiero,  
nos escogían con la lanza.

95

Al que le daban un chuzazo,  
difícultoso es que sane.  
en fin, para no echar panes,  
salimos por esas lomas,  
lo mismo que las palomas  
al juir de los gavilanes.

96

¡Es de admirar la destreza  
con que la lanza manejan!  
de perseguir nunca dejan,  
y nos traiban apretaos.  
¡si queríamos, de apuraos,  
salirnos por las orejas!

97

Y pa mejor de la fiesta  
en esa aflicción tan suma,  
vino un indio echando espuma,  
y con la lanza en la mano,  
gritando: acabáu cristiano,  
metau el lanza hasta el pluma.

98

Tendido en el costillar,  
cimbrando por sobre el brazo  
una lanza como un lazo,  
me atropelló dando gritos:  
si me descuido... El maldito

me levanta de un lanzazo.

99

Si me atribulo o me encojo,  
siguro que no me escapo:  
siempre he sido medio guapo,  
pero en aquella ocasión  
me hacía buya el corazón  
como la garganta al sapo.

100

Dios le perdone al salvaje  
las ganas que me tenía...  
desaté las tres marías  
y lo engatusé a cabriolas...  
¡pucha...! Si no traigo bolas  
me achura el indio ese día.

101

Era el hijo de un cacique,  
sigún yo lo averigüé;  
la verdá del caso jue  
que me tuvo apuradazo,  
hasta que por fin de un bolazo  
del caballo lo bajé.

102

Ahi no más me tiré al suelo  
y lo pisé en las paletas;  
empezó a hacer morisquetas  
y a mezquinar la garganta...  
pero yo hice la obra santa  
de hacerlo estirar la jeta.

103

Allí quedó de mojón  
y en su caballo salté;  
de la indiada disparé,  
pues si me alcanza me mata,  
y al fin me les escapé,  
con el hilo de una pata.

*IV. El pulpero. A buena cuenta*

104

seguiré esta relación,  
aunque pa chorizo es largo:  
el que pueda hágase cargo  
cómo andaría de matrero,  
después de salvar el cuero  
de aquel trance tan amargo.

105

Del sueldo nada les cuento,  
porque andaba disparando;  
nosotros de cuando en cuando  
solíamos ladrar de pobres:  
nunca llegaban los cobres  
que se estaban aguardando.

106

Y andábamos de mugrientos  
que el mirarnos daba horror;  
les juro que era un dolor  
ver esos hombres, ¡por cristo!  
En mi perra vida he visto  
una miseria mayor.

107

Yo no tenía ni camisa  
ni cosa que se parezca;  
mis trapos sólo pa yesca  
me podían servir al fin...  
no hay plaga como un fortín  
para que el hombre padezca.

108

Poncho, jergas, el apero,  
las prenditas, los botones,  
todo, amigo, en los cantones  
jue quedando poco a poco;  
ya me tenían medio loco  
la pobreza y los ratones.

109

Sólo una manta peluda  
era cuanto me quedaba  
la había agenciao a la tabla  
y ella me tapaba el bulto;  
yaguané que allí ganaba

no salía- ni con indulto.

110

Y pa mejor hasta el moro  
se me jue de entre las manos;  
no soy lerdo pero, hermano,  
vino el comendante un día  
diciendo que lo quería  
pa enseñarle a comer grano.

111

Afigúrese cualquiera  
la suerte de este su amigo,  
a pie y mostrando el umbligo,  
estropiao, pobre y desnudo;  
ni por castigo se pudo  
hacerse más mal conmigo.

112

Ansí pasaron los meses,  
y vino el año siguiente,  
y las cosas igualmente  
siguieron del mismo modo:  
adrede parece todo  
pa atormentar a la gente.

113

No teníamos más permiso,  
ni otro alivio la gauchada,  
que salir de madrugada,  
cuando no había indio ninguno,  
campo ajuera a hacer boliadas  
desocando los reyunos.

114

Y cáibamos al cantón  
con los fletes aplastaos,  
pero a veces medio aviaos  
con plumas y algunos cueros,  
que pronto con el pulpero  
los teníamos negociaos.

115

Era un amigo del jefe  
que con un boliche estaba;  
yerba y tabaco nos daba

por la pluma de avestruz,  
y hasta le hacía ver la luz  
al que un cuero le llevaba.

116

Sólo tenía cuatro frascos  
y unas barricas vacías,  
y a la gente le vendía  
todo cuanto precisaba...  
algunos creiban que estaba  
allí la proveduría.

117

¡Ah, pulpero habilidoso!  
Nada le solía faltar.  
¡Ahijuna!, Para tragar  
tenía un buche de ñandú;  
la gente le dio en llamar  
el boliche de virtú.

118

Aunque es justo que quien vende  
algún poquito mierda,  
tiraba tanto la cuerda  
que, con sus cuatro limetas  
él cargaba las carretas  
de plumas, cueros y cerda.

119

Nos tenía apuntaos a todos  
con más cuentas que un rosario,  
cuando se anunció un salario  
que iban a dar, o un socorro;  
pero sabe Dios qué zorro  
se lo comió al comisario;

120

pues nunca lo vi llegar,  
y al cabo de muchos días  
en la mesma pulpería  
dieron una güena cuenta,  
que la gente muy contenta  
de tan pobre recibía.

121

Sacaron unos sus prendas,

que las tenían empeñadas;  
por sus deudas atrasadas  
dieron otros el dinero;  
al fin de fiesta el pulpero  
se quedó con la mascada.

122

Yo me arrescosté a un horcón  
dando tiempo a que pagaran,  
y poniendo güena cara  
estuve haciéndome el poyo,  
a esperar que me llamaran  
para recibir mi boyo.

123

Pero ahí me puede quedar  
pegao pa siempre al horcón,  
ya era casi la oración  
y ninguno me llamaba;  
la cosa se me ñublaba  
y me dentró comezón.

124

Pa sacarme el entripao  
vi al mayor, y lo fi a hablar;  
yo me lo empecé a atracar,  
y como con poca gana  
le dije: tal vez mañana  
acabarán de pagar.

125

¡Que mañana ni otro día!,  
Al punto me contestó:  
la paga ya se acabó;  
¡siempre has de ser animal!  
Me raí y le dije: yo...  
no he recibido ni un rial.

126

Se le pusieron los ojos  
que se le querían salir,  
y ahí no más volvió a decir  
comiéndome con la vista:  
¿y qué querés recibir  
si no has dentrao en la lista?

127

Esto sí que es amolar-,  
dije yo pa mis adentros;  
van dos años que me encuentro  
y hasta aura he visto ni un grullo;  
dentro en todos los barullos  
pero en las listas no dentro.

128

Vide el pleito mal parao  
y no quise aguardar más...  
es güeno vivir en paz  
con quien nos ha de mandar;  
y reculando pa atrás  
me le empecé a retirar.

129

Supo todo el comendante  
y me llamó al otro día,  
diciéndome que quería  
aviriguar bien las cosas...  
que no era el tiempo de rosas,  
que aura a naides se debía.

130

Llamó al cabo y al sargento  
y empezó la indagación:  
si había venido al cantón  
en tal tiempo o en tal otro...  
y si había venido en potro,  
en reyuno o redomón.

131

Y todo era alborotar  
al ñudo, y hacer papel;  
conocí que era pastel  
pa engordar con mi guayaca;  
mas si voy al coronel  
me hacen bramar en la estaca.

132

¡Ah, hijos de una...! ¡La codicia  
ojalá les ruempa el saco!  
Ni un pedazo de tabaco  
le dan al pobre soldao,  
y lo tienen, de delgao,



más ligero que un guanaco.

133

Pero qué iba a hacerles yo,  
charabón en el desierto;  
más bien me daba por muerto  
pa no verme más fundido:  
y me les hacía el dormido  
aunque soy medio despierto.

*V. Gringos en la frontera. La estaquiada*

134

Yo andaba desesperao,  
aguardando una ocasión  
que los indios un malón  
nos dieran, y entre el estrago  
hacérmeles cimarrón  
y volverme pa mi pago.

135

Aquello no era servicio  
ni defender la frontera;  
aquello era ratonera  
en que sólo gana el juerte:  
era jugar a la suerte  
con una taba culera.

136

Allí tuito va al revés;  
los milicos son los piones,  
y andan en las poblaciones  
emprestaos pa trabajar;  
los rejuntan pa peliar  
cuando entran indios ladrones.

137

Yo he visto en esa milonga  
muchos jefes con estancia,  
y piones en abundancia,  
y majadas y rodeos;  
he visto negocios feos  
a pesar de mi inorancia.

138

Y colijo que no quieren  
la barunda componer;  
para eso no ha de tener,  
el jefe que esté de estable,  
más que su poncho y su sable,  
su caballo y su deber.

139

Ansina, pues, conociendo  
que aquel mal no tiene cura,  
que tal vez mi sepultura  
si me quedo iba a encontrar,  
pensé mandarme mudar  
como cosa más segura.

140

Y pa mejor, una noche  
¡qué estaquiada me pegaron!  
Casi me descoyuntaron  
por motivo de una gresca:  
¡ahijuna, si me estiraron  
lo mesmo que guasca fresca!

141

Jamás me puedo olvidar  
lo que esa vez me pasó;  
dentrandó una noche yo  
al fortín, un enganchao,  
que estaba medio mamao,  
allí me desconoció.

142

Era un gringo tan bozal,  
que nada se le entendía,  
¡quién sabe de ande sería!  
Tal vez no juera cristiano,  
pues lo único que decía  
es que era pa-po-litano.

143

Estaba de centinela  
y por causa del peludo  
verme más claro no pudo,  
y esa jue la culpa toda:  
el bruto se asustó al ñudo

y fi el pavo de la boda.

144

Cuando me vido acercar:  
quién vivore-? Preguntó;  
¿qué víboras?, Dije yo.  
¡Ha garto!, Me pegó el grito,  
y yo dije despacito:  
¡más lagarto serás vos!

145

Ahi no más, ¡cristo me valga!,  
Rastrillar el jusil siento:  
me agaché, y en el momento  
el bruto me largó un chumbo;  
mamao, me tiró sin rumbo,  
que si no, no cuento el cuento.

146

Por de conta, con el tiro  
se alborotó el avispero;  
los oficiales salieron  
y se empezó la junción;  
quedó en su puesto el nación,  
y yo fi al estaquiadero.

147

Entre cuatro bayonetas  
me tendieron en el suelo;  
vino el mayor medio en pedo  
y allí se puso a gritar:  
¡pícaro, te he de enseñar  
andar reclamando sueldos!

148

De las manos y las patas  
me ataron cuatro cinchones;  
les aguanté los tirones  
sin que ni un ¡ay! Se me oyera,  
y al gringo la noche entera  
lo harté con mis maldiciones.

149

Yo no sé porqué el gobierno  
nos manda aquí a la frontera  
gringada que ni siquiera

se sabe atracar a un pingo.  
¡Si creará al mandar un gringo  
que nos manda alguna fiera!

150

No hacen más que dar trabajo,  
pues no saben ni ensillar;  
no sirven ni pa carniar:  
y yo he visto muchas veces  
que ni voltiadas las reses  
se les querían arrimar.

151

Y lo pasan sus mercedes  
lengüetiando pico a pico  
hasta que viene un milico  
a servirles al asao-  
y eso sí, en lo delicaos,  
parecen hijos de rico.

152

Si hay calor, ya no son gente;  
si yela, todos tiritan;  
si usté no les da, no pitán  
por no gastar en tabaco,  
y cuando pescan un naco  
uno al otro se lo quitan.

153

Cuando llueve se acoquinan  
como perro que oye truenos.  
¡Que diablos!, Sólo son güenos  
pa vivir entre maricas,  
y nunca se andan con chicas  
para alzar ponchos ajenos.

154

Pa vichar son como ciegos;  
no hay ejemplo de que entiendan,  
ni hay uno solo que aprenda,  
al ver un bulto que cruza,  
a saber si es avestruza,  
o si es jinete, o hacienda.

155

Si salen a perseguir

después de mucho aparato,  
tuitos se pelan al rato  
y va quedando el tendal:  
esto es como en un nidal  
echarle güevos a un gato.

*VI. Desertor. Las ruinas del rancho*

156

vamos dentrando recién  
a la parte mas sentida,  
aunque es todita mi vida  
de males una cadena:  
a cada alma dolorida  
le gusta cantar sus penas.

157

Se empezó en aquel entonces  
a rejuntar caballada,  
y riunir la milicada  
teniéndola en el cantón,  
para una despedición  
a sorprender a la indiada.

158

Nos anunciaban que iríamos  
sin carretas ni bagajes  
a golpiar a los salvajes  
en sus mismas tolderías;  
que a la güelta pagarían  
licenciándolo al gauchaje;

159

que en esta despedición  
tuviéramos la esperanza;  
que iba a venir sin tardanza,  
según el jefe contó,  
un menistro o qué sé yo-  
que le llamaban don ganza;

160

que iba a riunir el ejército  
y tuitos los batallones,  
y que traiba unos cañones

con más rayas que un cotín;  
¡pucha!- Las conversaciones  
por allá no tenían fin.

161

Pero esas trampas no enriedan  
a los zorros de mi laya;  
que esa ganza venga o vaya,  
poco le importa a un matrero.  
Yo también dejé las rayas-  
en los libros del pulpero.

162

Nunca juí gaucho dormido;  
siempre pronto, siempre listo,  
yo soy un hombre, ¡qué cristo!,  
Que nada me ha acobardao,  
y siempre salí parao  
en los trances que me he visto.

163

Dende chiquito gané  
la vida con mi trabajo,  
y aunque siempre estuve abajo  
y no sé lo que es subir  
también el mucho sufrir  
suele cansarnos, ¡barajo!

164

En medio de mi inorancia  
conozco que nada valgo:  
soy la liebre o soy el galgo  
asigún los tiempos andan;  
pero también los que mandan  
debieran cuidarnos algo.

165

Una noche que riunidos  
estaban en la carpeta  
empinando una limeta  
el jefe y el juez de paz,  
yo no quise aguardar más,  
y me hice humo en un sotreta.

166

Me parece el campo orégano

dende que libre me veo;  
donde me lleva el deseo  
allí mis pasos dirijo,  
y hasta en las sombras de fijo  
que donde quiera rumbo.

167

Entro y salgo del peligro  
sin que me espante el estrago,  
no aflojo al primer amago  
ni jamás fi gaucho lerdo:  
soy pa rumbiar como el cerdo,  
y pronto caí a mi pago.

168

Volvía al cabo de tres años  
de tanto sufrir al ñudo  
resertor, pobre y desnudo,  
a procurar suerte nueva;  
y lo mismo que el peludo  
enderecé pa mi cueva.

169

No hallé ni rastro del rancho:  
¡sólo estaba la tapera!  
¡Por cristo si aquello era  
pa enlutar el corazón!  
¡Yo juré en esa ocasión  
ser mas malo que una fiera!

170

¡Quién no sentirá lo mesmo  
cuando así padece tanto!  
Puedo asigurar que el llanto  
como una mujer largué:  
¡ay, mi Dios: si me quedé  
más triste que jueves santo!

171

Sólo se oíban los aullidos  
de un gato que se salvó;  
el pobre se guareció  
cerca, en una vizcachera:  
venía como si supiera  
que estaba de güelta yo.

172

Al dirme dejé la hacienda  
que era todito mi haber;  
pronto debíamos volver,  
sigún el juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes, la mujer.

173

Después me contó un vecino  
que el campo se lo pidieron;  
la hacienda se la vendieron  
pa pagar arrendamientos,  
y qué sé yo cuantos cuentos;  
pero todo lo fundieron,

174

los pobrecitos muchachos,  
entre tantas afliciones,  
se conchabaron de piones;  
¡mas qué iban a trabajar,  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!

175

Por ahí andarán sufriendo  
de nuestra suerte el rigor:  
me han contaó que el mayor  
nunca dejaba a su hermano;  
puede ser que algún cristiano  
los recoja por favor.

176

¡Y la pobre mi mujer,  
Dios sabe cuánto sufrió!  
Me dicen que se voló  
con no sé qué gavilán:  
sin duda a buscar el pan  
que no podía darle yo.

177

No es raro que a uno le falte  
lo que a algún otro le sobre  
si no le quedó ni un cobre  
sino de hijos un enjambre.  
Que más iba a hacer la pobre



para no morirse de hambre?

178

¡Tal vez no te vuelva a ver,  
prienda de mi corazón!  
Dios te dé su protección  
ya que no me la dio a mí,  
y a mis hijos dende aquí  
les echo mi bendición.

179

Como hijitos de la cuna  
andarán por ahí sin madre;  
ya se quedaron sin padre,  
y así la suerte los deja  
sin naides que los proteja  
y sin perro que les ladre.

180

Los pobrecitos tal vez  
no tengan ande abrigarse,  
ni ramada ande ganarse,  
ni rincón ande meterse,  
ni camisa que ponerse,  
ni poncho con que taparse.

181

Tal vez los verán sufrir  
sin tenerles compasión;  
puede que alguna ocasión,  
aunque los vean tiritando,  
los echen de algún jogón  
pa que no estén estorbando.

182

Y al verse ansina espantaos  
como se espanta a los perros,  
irán los hijos de Fierro,  
con la cola entre las piernas,  
a buscar almas más tiernas  
o esconderse en algún cerro.

183

Mas también en este juego  
voy a pedir mi bolada;  
a naides le debo nada,

ni pido cuartel ni doy:  
y ninguno dende hoy  
ha de llevarme en la armada.

184

Yo he sido manso primero,  
y seré gaucho matrero;  
en mi triste circunstancia,  
aunque es mi mal tan profundo,  
nacé y me he criado en estancia.  
Pero ya conozco el mundo.

185

Ya les conozco sus mañas,  
le conozco sus cucañas;  
sé como hacen la partida,  
la enriedan y la manejan;  
deshaceré la madeja  
aunque me cueste la vida.

186

Y aguante el que no se anime  
a meterse en tanto engorro  
o si no aprétese el gorro  
y para otra tierra emigre;  
pero yo ando como el tigre  
que le roban los cachorros.

187

Aunque muchos creen que el gaucho  
tiene alma de reyuno,  
no se encontrará a ninguno  
que no le dueblen las penas;  
mas no debe aflojar uno  
mientras hay sangre en las venas

## VII. *Pelea con el moreno*

188

De carta de más me vía  
sin saber a donde dirme;  
mas dijeron que era vago  
y entraron a perseguirme.

189

Nunca se achican los males,  
van poco a poco creciendo,  
y ansina me vide pronto  
obligado a andar juyendo.

190

No tenía mujer ni rancho  
y a más, era resertor;  
no tenía una prenda güena  
ni un peso en el tirador

191

a mis hijos infelices  
pensé volverlos a hallar,  
y andaba de un lao al otro  
sin tener ni qué pitar.

192

Supe una vez por desgracia  
que había un baile por allí,  
y medio desesperao  
a ver la milonga fui.

193

Riunidos al pericón  
tantos amigos hallé,  
que alegre de verme entre ellos  
esa noche me apedé.

194

Como nunca, en la ocasión  
por peliar me dio la tranca.  
Y la emprendí con un negro  
que trujo una negra en ancas.

195

Al ver llegar la morena,  
que no hacía caso de naidés,  
le dije con la mamúa:  
va-ca-yendo gente al baile.

196

La negra entendió la cosa  
y no tardó en contestarme,  
mirándome como a un perro:

más vaca será su madre.

197

Y entró al baile muy tiesa  
con más cola que una zorra,  
haciendo blanquiar los dientes  
lo mesmo que mazamorra.

198

!Negra linda!- Dije yo.  
Me gusta- pa la carona;  
y me puse a champurriar  
esta coplita fregona:

199

a los blancos hizo Dios,  
a los mulatos san pedro,  
a los negros hizo el diablo  
para tizón del infierno.

200

Había estao juntando rabia  
el moreno dende ajuera;  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.

201

Lo conocí retobao,  
me acerqué y le dije presto:  
po-r-rudo que un hombre sea  
nunca se enoja por esto.

202

Corcovió el de los tamangos  
y creyéndose muy fijo:  
¡más porrudo serás vos,  
gaucho roto!-, Me dijo.

203

Y ya se me vino al humo  
como a buscarme la hebra,  
y un golpe le acomodé  
con el porrón de ginebra.

204

Ahi nomás pegó el de hollín

mas gruñidos que un chanchito,  
y pelando el envenao  
me atropelló dando gritos.

205

Pegué un brinco y abrí cancha  
diciéndoles: caballeros,  
dejen venir ese toro.  
Solo nació- solo muero.

206

El negro, después del golpe,  
se había el poncho refalao  
y dijo: vas a saber  
si es solo o acompañado.

207

Y mientras se arremangó,  
yo me saqué las espuelas,  
pues malicié que aquel tío  
no era de arriar con las riendas.

208

No hay cosa como el peligro  
pa refrescar un mamao;  
hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.

209

El negro me atropelló  
como a quererme comer;  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.

210

Yo tenía un facón con s,  
que era de lima de acero;  
le hice un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno;

211

y en el medio de las aspas  
un planazo le asenté,  
que lo largué culebriando  
lo mesmo que buscapié.

212

Le colorieron las motas  
con la sangre de la herida,  
y volvió a venir jurioso  
como una tigra parida.

213

Y ya me hizo relumbrar  
por los ojos el cuchillo,  
alcanzando con la punta  
a cortarme en un carrillo.

214

Me hirvió la sangre en las venas  
y me le afirmé al moreno,  
dándole de punta y hacha  
pa dejar un diablo menos.

215

Por fin en una topada  
en el cuchillo lo alcé,  
y como un saco de güesos  
contra un cerco lo largué.

216

Tiró unas cuantas patadas  
y ya cantó pal carnero:  
nunca me puedo olvidar  
de la agonía de aquel negro.

217

En esto la negra vino  
con los ojos como ají  
y empezó la pobre allí  
a bramar como una loba.  
Yo quise darle una soba  
a ver si la hacía callar,  
mas pude reflexionar  
que era malo en aquel punto,  
y por respeto al dijunto  
no la quise castigar.

218

Limpié el facón en los pastos,  
desaté mi redomón,  
monté despacio y salí

al tranco pa el cañadón.

219

Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron,  
y retobao en un cuero,  
sin rezarle lo enterraron.

220

Y dicen que dende entonces,  
cuando es la noche serena  
suele verse una luz mala  
como de alma que anda en pena.

221

Yo tengo intención a veces,  
para que no pene tanto,  
de sacar de allí los güesos  
y echarlos al camposanto.

### VIII. *El ser gaucho es un delito*

222

otra vez en un boliche  
estaba haciendo la tarde;  
cayó un gaucho que hacia alarde  
de guapo y peliador;  
a la llegada metió  
el pingo hasta la ramada,  
y yo sin decirle nada  
me quedé en el mostrador.

223

Era un terne de aquel pago  
que naides lo reprendía,  
que sus enriedos tenía  
con el señor comendante;  
y como era protegido,  
andaba muy entonao,  
y a cualquier desgraciao  
lo llevaba por delante.

224

¡Ah pobre! Si él mismo creiba

que la vida le sobraba;  
ninguno diría que andaba  
aguaitándolo la muerte.  
Pero así pasa en el mundo,  
es así la triste vida:  
pa todos está escondida  
la güena o la mala suerte.

225

Se tiró al suelo; al dentrar  
le dio un empellón a un vasco,  
y me alargó un medio frasco  
diciendo: beba cuñao.  
Por su hermana, contesté.  
Que por la mía no hay cuidao.

226

¡Ah, gaucho!, Me respondió;  
¿de que pago será crioyo?  
¿Lo andará buscando el hoyo?  
Deberá tener güen cuero;  
pero ande bala este toro  
no bala ningún ternero.

227

Y ya salimos trenzaos  
porque el hombre no era lerdo,  
mas como el tino no pierdo,  
y soy medio ligerón,  
le dejé mostrando el sebo  
de un revés con el facón.

228

Y como con la justicia  
no andaba bien por allí,  
cuanto pataliar lo vi,  
y el pulpero pegó el grito,  
ya pa el palenque salí  
como haciéndome chiquito.

229

Monté y me encomendé a Dios,  
rumbiando para otro pago,  
que el gaucho que llaman vago  
no puede tener querencia,  
y ansí de estrago en estrago



vive llorando la ausencia.

230

ÉL andaba siempre juyendo,  
siempre pobre y perseguido,  
no tiene cueva ni nido  
como si fuera maldito;  
porque el ser gaucho- ¡barajo!,  
El ser gaucho es un delito.

231

Es como el patrio de posta;  
lo larga éste, aquél lo toma,  
nunca se acaba la broma;  
dende chico se parece  
al arbolito que crece  
desamparao en la loma.

232

Le echan la agua del bautismo  
aquél que nació en la selva;  
busca madre que te envuelva,  
le dice el fraire y lo larga.  
Y dentra a cruzar el mundo  
como burro con la carga.

233

Y se cría viviendo al viento  
como oveja sin trasquila;  
mientras su padre en las filas  
anda sirviendo al gobierno,  
aunque tirite en invierno,  
naides lo ampara ni asila.

234

Le llaman gaucho mamao  
si lo pillan divertido,  
y que es mal entretenido  
si en un baile lo sorprenden;  
hace mal si se defiende  
y si no, se ve- fundido.

235

No tiene hijos ni mujer,  
ni amigos ni protetores,  
pues todos son sus señores

sin que ninguno lo ampare:  
tiene la suerte del güey,  
y ¿donde irá el güey que no are?

236

Su casa es el pajonal,  
su guarida es el desierto;  
y si de hambre medio muerto  
le echa el lazo a algún mamón,  
lo persiguen como a plaito,  
porque es un gaucho ladrón.

237

Y si de un golpe por ahí  
lo dan güelta panza arriba,  
no hay un alma compasiva  
que le rece una oración;  
tal vez como cimarrón  
en una cueva lo tiran.

238

Él nada gana en la paz  
y es el primero en la guerra;  
no le perdonan si yerra,  
que no saben perdonar,  
porque el gaucho en esta tierra  
sólo sirve pa votar.

239

Para el son los calabozos,  
para el las duras prisiones,  
en su boca no hay razones  
aunque la razón le sobre;  
que son campanas de palo  
las razones de los pobres.

240

Si uno aguanta, es gaucho bruto;  
si no aguanta es gaucho malo.  
¡Dele azote, dele palo,  
porque es lo que él necesita!  
De todo el que nació gaucho  
ésta es la suerte maldita.

241

Vamos suerte, vamos juntos

dende que juntos nacimos;  
y ya que juntos vivimos  
sin podernos dividir-  
yo abriré con mi cuchillo  
el camino pa seguir

*IX. Matreriando. La lucha con la partida*

242

matreriando lo pasaba  
ya a las casas no venía;  
solía arrimarme de día,  
mas, lo mesmos que el carancho,  
siempre estaba sobre el rancho  
espiando a la polecía.

243

Viva el gaucho que ande mal,  
como zorro perseguido,  
hasta que al menor descuido  
se lo atarasquen los perros,  
pues nunca le falta un yerro  
al hombre más alvertido.

244

Y en esa hora de la tarde  
en que tuito se adormece,  
que el mundo dentrar parece  
a vivir en pura calma,  
con las tristezas del alma  
al pajonal enderiece.

245

Bala el tierno corderito  
al lao de la blanca oveja,  
y a la vaca que se aleja  
llama el ternero amarrao;  
pero el gaucho desgraciao  
no tiene a quien dar su oveja.

246

Ansí es que al venir la noche  
iba a buscar mi guarida,  
pues ande el tigre se anida

también el hombre lo pasa,  
y no quería que en las casas  
me rodiara la partida.

247

Pues aun cuando vengan ellos  
cumpliendo con su deberes,  
yo tengo otros pareceres,  
y en esa conduta vivo:  
que no debe un gaucho altivo  
peliar entre las mujeres.

248

Y al campo me iba solito,  
más matrero que el venao,  
como perro abandonao  
a buscar una tapera,  
o en alguna vizcachera  
pasar la noche tirao.

249

Sin punto ni rumbo fijo  
en aquella inmensidá,  
entre tanta escuridá  
anda el gaucho como duende;  
allí jamás lo sorprende  
dormido, la autoridá.

250

Su esperanza es el coraje,  
su guardia es la precaución,  
su pingo es la salvación,  
y pasa uno en su desvelo,  
sin más amparo que el cielo  
ni otro amigo que el facón.

251

Ansí me hallaba una noche  
contemplando las estrellas,  
que le parecen más bellas  
cuanto uno es más desgraciao,  
y que Dios las haiga crio  
para consolarse en ellas.

252

Les tiene el hombre cariño

y siempre con alegría  
ve salir las tres marías;  
que si llueve, cuanto escampa,  
las estrellas son la guía  
que el gaucho tiene en la pampa.

253

Aquí no valen doctores,  
sólo vale la experiencia;  
aquí verían su inocencia  
éso que todo lo saben,  
porque esto tiene otra llave  
y el gaucho tiene su cencia.

254

Es triste en medio del campo  
pasarse noches enteras  
contemplando en sus carreras  
las estrellas que Dios cría,  
sin tener más compañía  
que su delito y las fieras.

255

Me encontraba como digo,  
en aquella soledá,  
entre tanta escuridá,  
echando al viento mis quejas,  
cuando el grito del chajá  
me hizo parar las orejas.

256

Como lumbriz me pegué  
al suelo para escuchar;  
pronto sentí retumbar  
las pisadas de los fletes,  
y que eran muchos jinetes  
conocí sin vacilar.

257

Cuando el hombre está en peligro  
no debe tener confianza;  
ansí tendido de panza  
puse toda mi atención  
y ya escuché sin tardanza  
como el ruido de un latón.

258

Se venían tan calladitos  
que yo me puse en cuidao;  
tal vez me hubieran bombiao  
y ya me venían a buscar;  
mas no quise disparar,  
que eso es de gaucho morao.

259

Al punto me santigüé  
y eché de giñebra un taco;  
lo mesmito que el mataco  
me arroyé con el porrón;  
si han de darme pa tabaco,  
dije, ésta es güena ocasión.

260

Me refalé las espuelas,  
para no peliar con grillos;  
me arremangué el calzoncillo,  
y me ajusté bien la faja,  
y en una mata de paja  
probé el filo del cuchillo.

261

Para tenerlo a la mano  
el flete en el pasto até,  
la cincha le acomodé,  
y, en un trance como aquél,  
haciendo espaldas en él  
quietito los aguardé.

262

Cuando cerca los sentí,  
y que ahí no más se pararon,  
los pelos se me erizaron  
y, aunque nada vían mis ojos,  
no se han de morir de antojo,  
les dije, cuando llegaron.

263

Yo quise hacerles saber  
que allí se hallaba un varón;  
les conocí la intención  
y solamente por eso  
es que les gané el tirón,

sin aguardar voz de preso.

264

Vos sos un gaucho matrero,  
dijo uno, haciéndose el güeno.  
Vos mataste un moreno  
y otro en una pulpería,  
y aquí está la polecía  
que viene a ajustar tus cuentas;  
te va alzar por las cuarenta  
si te resistís hoy día.

265

No me vengan, contesté,  
con relación de dijuntos;  
ésos son otros asuntos;  
vean si me pueden llevar,  
que yo no me he de entregar,  
aunque vengan todos juntos.

266

Pero no aguardaron más  
y se apiaron en montón;  
como a perro cimarrón  
me rodiaron entre tantos;  
ya me encomendé a los santos,  
y eché mano a mi facón.

267

Y ya vide el fogonazo  
de un tiro de garabina,  
mas quiso la suerte indina  
de aquel maula, que me errase,  
y ahí no más lo levantase  
lo mesmo que una sardina.

268

A otro que estaba apurao  
acomodando una bola,  
le hice una dentrada sola  
y le hice sentir el Fierro,  
y ya salió como el perro  
cuando le pisan la cola.

269

Era tanta la aflicción

y la angurria que venían,  
que tuitos se me venían,  
donde yo los esperaba;  
uno al otro se estorbaba  
y con las ganas no vían.

270

Dos de ellos que traiban sables  
más garifos y resueltos,  
en las hilachas envueltos  
enfrente se me pararon,  
y a un tiempo me atropellaron  
lo mesmo que perros sueltos.

271

Me fui reculando en falso  
y el poncho adelante eché,  
y en cuanto le puso el pie  
uno medio chapetón,  
de pronto le di un tirón  
y de espaldas lo largué

272

al verse sin compañero  
el otro se sofrenó;  
entonces le dentré yo,  
sin dejarlo resollar,  
pero ya empezó a aflojar  
y a la pu-n-ta disparó.

273

Uno que en una tacuara  
había atao una tijera,  
se vino como si juera  
palenque de atar terneros,  
pero en dos tiros certeros  
salió aullando campo ajuera.

274

Por suerte en aquel momento  
venía coloriendo el alba  
y yo dije: si me salva  
la virgen en este apuro,  
en adelante le juro  
ser más güeno que una malva.



275

Pegué un brinco y entre todos  
sin miedo me entreveré;  
hecho ovillo me quedé  
y ya me cargó una yunta,  
y por el suelo la punta  
de mi facón les jugué.

276

El más engolosinao  
se me apió con un hachazo;  
se lo quité con el brazo;  
de no, me mata los piojos;  
y antes de que diera un paso  
le eché tierra en los dos ojos.

277

Y mientras se sacudía  
refregándose la vista,  
yo me le fui como lista  
y ahí no más me le afirmé,  
diciéndole: Dios te asista,  
y de un revés lo voltié.

278

Pero en ese punto mismo  
sentí que por las costillas  
un sable me hacía cosquillas  
y la sangre me heló;  
dende ese momento yo  
me salí de mis casillas.

279

Di para atrás unos pasos  
hasta que pude hacer pie;  
por delante me lo eché  
de punta y tajos a un criollo;  
metió la pata en un hoyo,  
y yo al hoyo lo mandé.

280

Tal vez en el corazón  
le tocó un santo bendito  
a un gaucho, que pegó el grito  
y dijo: ¡Cruz no consiente  
que se cometa el delito

de matar a un valiente!

281

Y ahí no más se me apareó,  
dentrándole a la partida;  
yo les hice otra embestida  
pues entre dos era robo;  
y el Cruz era como lobo  
que defiende su guarida.

282

Uno despachó al infierno  
de dos que lo atropellaron;  
los demás remoliniaron,  
pues íbamos a la fija,  
y a poco andar dispararon  
lo mismo que sabandija.

283

Ahí quedaron largo a largo  
los que estieron la jeta;  
otro iba como maleta,  
y Cruz de atrás les decía:  
que venga otra polecía  
a llevarlos en carreta.

284

Yo junté las osamentas,  
me hiqué y les recé un bendito,  
hice una cruz de un palito  
y pedí a mi Dios clemente  
me perdonara el delito  
de haber muerto tanta gente.

285

Dejamos amotonaos  
a los pobres que murieron;  
no sé si los recogieron,  
porque nos fuimos a un rancho,  
o si tal vez los caranchos  
ahí no más se los comieron.

286

Lo agarramos mano a mano  
entre los dos al porrón:  
en semejante ocasión

un trago a cualquiera encanta;  
y Cruz no era remolón  
ni pijotiaba garganta.

287

Calentamos los gargueros  
y nos largamos muy tiesos,  
siguiendo siempre los besos  
al pichel, y por mas señas,  
íbamos como cigüeñas  
estirando los pescuezos.

288

Yo me voy, le dije, amigo,  
donde la suerte me lleve,  
y si es que alguno se atreve,  
a ponerse en mi camino,  
yo seguiré mi destino,  
que el hombre hace lo que debe.

289

Soy un gaucho desgraciao,  
no tengo donde ampararme,  
ni un palo donde rascarme,  
ni un árbol que me cubije:  
pero ni aun esto me aflige  
porque yo sé manejarme.

290

Antes de cair al servicio,  
tenia familia y hacienda;  
cuando volví, ni la prenda  
me la habían dejao ya.  
Dios sabe en lo que vendrá  
a parar esta contienda.

#### *X. Por culpa de una mujer*

291

amigazo, pa sufrir  
han nacido los varones;  
estas son las ocasiones  
de mostrarse un hombre juerte,  
hasta que venga la muerte

y lo agarre a coscorrones.

292

El andar tan despilchao  
ningún mérito me quita;  
sin ser un alma bendita  
me duelo del mal ajeno:  
soy un pastel con relleno  
que parece torta frita.

293

Tampoco me faltan males  
y desgracias, le prevengo;  
también mis desdichas tengo,  
aunque esto poco me aflige:  
yo sé hacerme el chango rengo  
cuando la cosa lo esige.

294

Y con algunos ardiles  
voy viviendo, aunque roto;  
a veces me hago el sarnoso  
y no tengo ni un granito,  
pero al chifle voy ganoso  
como panzón al maíz frito.

295

A mí no me matan penas  
mientras tenga el cuero sano;  
venga el sol en el verano  
y la escarcha en el invierno  
¿por qué afligirse el cristiano?

296

Hagámosle cara fiera  
a los males, compañero,  
porque el zorro más matrero  
suele cair como un chorlito;  
viene por un corderito  
y en la estaca deja el cuero.

297

Hoy tenemos que sufrir  
males que no tienen nombre,  
pero esto a nadie lo asombre  
porque ansina es el pastel,

y tiene que dar el hombre  
mas güeltas que un carretel.

298

Yo nunca me he de entregar  
a los brazos de la muerte;  
arrastro mi triste suerte  
paso a paso y como pueda,  
que donde el débil se queda  
se suele escapar el juerte.

299

Y ricuerde cada cual  
lo que cada cual sufrió,  
que lo que es, amigo, yo,  
hago así la cuenta mía:  
ya lo pasado pasó;  
mañana será otro día.

300

Yo también tuve una pilcha  
que me enllenó el corazón,  
y si en aquella ocasión  
alguien me hubiera buscao,  
siguro que me había hallao  
más prendido que un botón.

301

En la güeya del querer  
no hay animal que se pierda-  
las mujeres no son lerdas,  
y todo gaucho es dotor  
si pa cantarle al amor  
tiene que templar las cuerdas.

302

¡Quién es de una alma tan dura  
que no quiera una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
si no sale calavera  
es la mejor compañera  
que el hombre puede tener.

303

Si es güena, no lo abandona  
cuando lo ve desgraciao,

lo asiste con su cuidao,  
y con afán cariñoso,  
y usté tal vez ni un rebozo  
ni una pollera le ha dao.

304

¡Grandemente lo pasaba  
con aquella prenda mía,  
viviendo con alegría  
como la mosca en la miel!  
¡Amigo, qué tiempo aquel!  
¡La pucha, que la quería!

305

Era la águila que a un árbol  
dende las nubes bajó;  
era más linda que el alba  
cuando va rayando el sol;  
era la flor deliciosa  
que entre el trebolar creció.

306

Pero, amigo, el comendante  
que mandaba la milicia,  
como que no desperdicia  
se fue refalando a casa;  
yo le conocí en la traza  
que el hombre traiba malicia.

307

Él me daba voz de amigo,  
pero no le tenía fe;  
era el jefe, y ya se ve,  
no podía competir yo;  
en mi rancho se pegó  
lo mesmo que un saguaipé.

308

A poco andar, conocí  
que ya me había desbancao,  
y él siempre muy entonao,  
aunque sin darme ni un cobre,  
me tenía de lao a lao  
como encomienda de pobre.

309

A cada rato, de chasque  
me hacía dir a gran distancia;  
ya me mandaba a una estancia,  
ya al pueblo, ya a la frontera;  
pero él en la comendancia  
no ponía los pies siquiera.

310

Es triste a no poder más  
el hombre en su padecer,  
si no tiene una mujer  
que lo ampare y lo consuele:  
mas pa que otro se la pele  
lo mejor es no tener.

311

No me gusta que otro gallo  
le cacaree a mi gallina;  
yo andaba ya con la espina,  
hasta que en una ocasión  
lo pille junto al jogón  
abrazándome a la china.

312

Tenía el viejito una cara  
de ternero mal lamido,  
y al verle tan atrevido  
le dije: ¡que le aproveche!-  
Que había sido pa el amor  
como gaucho pa la leche.

313

Peló la espalda y se vino  
como a quererme ensartar,  
pero yo sin tutubiar  
le volví al punto a decir:  
¡cuidado!, No te vas a per-tigo;  
poné cuarta pa salir.

314

Un puntazo me largó,  
pero el cuerpo le saqué,  
y en cuanto se lo quité,  
para no matar un viejo,  
con cuidado, medio de lejos  
un palazo le asenté.

315

Y como nunca al que manda  
le falta algún adulón,  
uno que en esa ocasión  
se encontraba allí presente,  
vino apretando los dientes  
como perrito mamón.

316

Me hizo un tiro de revuélver  
que el hombre creyó siguro;  
era confiado y le juro  
que cerquita se arrimaba,  
pero, siempre en un apuro  
se desentumen mis tabas.

317

Él me siguió menudiando  
mas sin poderme acertar,  
y yo, dele culebriar,  
hasta que al fin le dentré  
y ahí no más lo despaché  
sin dejarlo resollar.

318

Dentré a campiar en seguida  
al viejito enamora-  
el pobre se había ganao  
en un noque de lejía.  
¡Quién sabe cómo estaría  
del susto que había llevao!

319

¡Es zonzo el cristiano macho  
cuando el amor lo domina!  
Él la miraba a la indina,  
y una cosa tan jedionda  
sentí yo, que ni en la fonda  
he visto tal jedentina

320

Y le dije: pa su agüela  
han de ser esas perdices.  
Yo me tapé las narices,  
y me salí esternudando,



y el viejo quedó olfatiando  
como chico con lumbrices.

321

Cuando la mula recula,  
señal que quiere cociar,  
así se suele portar  
aunque ella lo disimula;  
recula como la mula  
la mujer, para olvidar.

322

Alcé mis ponchos y mis prendas  
y me largué a padecer  
por culpa de una mujer  
que quiso engañar a dos;  
al rancho le dije adiós,  
para nunca más volver.

323

Las mujeres, dende entonces,  
conocí a todas en una;  
ya no he de probar fortuna  
con carta tan conocida:  
mujer y perra parida,  
¡no se me acerca ninguna!.

### *XI. A bailar un pericón*

324

a otros les brotan las coplas  
como agua de manantial;  
pues a mí me pasa igual;  
aunque las mías nada valen,  
de la boca se me salen  
como ovejas de corral.

325

Que en puertiando la primera,  
ya la siguen los demás,  
y en montones las de atrás  
contra los palos se estrellan,  
y saltan y se atropellan  
sin que se corten jamás.

326

Y aunque yo por mi inorancia  
con gran trabajo me esplico,  
cuando llego a abrir el pico,  
tengaló por cosa cierta,  
sale un verso y en la puerta  
ya asoma el otro el hocico.

327

Y emprésteme su atención;  
me oirá relatar las penas  
de que traigo la alma llena;  
porque en toda circunstancia,  
paga el gaucho su inorancia  
con la sangre de sus venas.

328

Después de aquella desgracia  
me refugié en los pajales;  
anduve entre los cardales  
como bicho sin guarida;  
pero, amigo, es esa vida  
como vida de animales.

329

Y son tantas las miserias  
en que me he salido ver,  
que con tanto padecer  
y sufrir tanta aflicción,  
malicio que he de tener  
un callo en el corazón.

330

Ansí andaba como guacho  
cuando pasa el temporal;  
supe una vez por mi mal  
de una milonga que había,  
y ya pa la pulpería  
enderecé mi bagual.

331

Era la casa del baile  
un rancho de mala muerte,  
y se enllenó de tal suerte  
que andábamos a empujones:

nunca faltan encontrones  
cuando un pobre se divierte.

332

Yo tenía unas medias botas  
con tamaños verdugones;  
me pusieron los talones  
con crestas como gallos:  
¡si viera mis afliciones  
pensando yo que eran callos!

333

Con gato y con fandanguillo  
había empezado el changango,  
y para ver el fandango  
me colé haciendomé bola,  
mas metió el diablo la cola,  
y todo se volvió pango.

334

Había sido el guitarrero  
un gaucho duro de boca:  
yo tengo paciencia poca  
pa aguantar cuando no debo;  
a ninguno me le atrevo,  
pero me halla el que me toca.

335

A bailar un pericón  
con una moza salí,  
y cuanto me vido allí  
sin duda me conoció;  
y estas coplitas cantó  
como por raírse de mí:

336

las mujeres son todas  
como las mulas;  
yo no digo que todas,  
pero hay algunas  
que a las aves que vuelan  
les sacan plumas.

337

-Hay gauchos que presumen  
de tener damas;

no digo que presumen,  
pero se alaban,  
y a lo mejor los dejan  
tocando tablas.

338

Se secretiaron las hembras,  
y yo ya me encocoré;  
volí la anca y le grité:  
¡dejá de cantar- chicharra!  
Y de un tajo a la guitarra  
tuitas las cuerdas corté.

339

Al punto salió de adentro  
un gringo con un jusil;  
pero nunca he sido vil,  
poco el peligro me espanta;  
yo me refalé la manta  
y la eché sobre el candil.

340

Gané en seguida la puerta  
gritando: -¡nadies me ataje!-  
Y alborotado el hembraje,  
lo que todo quedo oscuro,  
empezó a verse en apuro  
mesturao con el gauchaje.

341

El primero que salió  
fue el cantor, y se me vino;  
pero yo no pierdo el tino  
aunque haiga tomao un trago,  
y hay algunos por mi pago  
que me tienen por ladino.

342

No ha de haber achocao otro:  
le salió cara la broma;  
a su amigo cuando toma  
se le despeja el sentido,  
y el pobrecito había sido  
como carne de paloma.

343

Para prestar un socorro  
las mujeres no son lerdas:  
antes que la sangre pierda  
lo arrimaron a unas pipas;  
ahi lo dejé con las tripas  
como pa que hiciera cuerdas.

344

Monté y me largué a los campos  
más libre que el pensamiento,  
como las nubes al viento  
a vivir sin paradero,  
que no tiene el que es matrero  
nido, ni rancho, ni asiento.

345

No hay fuerza contra el destino  
que le ha señalao el cielo,  
y aunque no tenga consuelo,  
¡aguante el que está en trabajo!  
¡Nadies se rasca pa abajo,  
ni se lonjea contra el pelo!

346

Con el gaucho desgraciao  
no hay uno que no se entone  
¡la menor falta lo espone  
a andar con los avestruces  
faltan otros con más luces  
y siempre hay quien los perdone.

## XII. *Ansí estuve en la partida*

347

Yo no sé qué tantos meses  
esta vida me duró;  
a veces nos obligó  
la miseria a comer potro:  
me había acompaña con otros  
tan desgraciao como yo

348

Mas ¿para qué platicar  
sobre esos males, canejos?

Nace el gaucho y se hace viejo,  
sin que mejore su suerte,  
hasta que por ahí la muerte  
sale a cobrarle el pellejo.

349

Pero como no hay desgracia  
que no acabe alguna vez,  
me aconteció que después  
de sufrir tanto rigor,  
un amigo, por favor,  
me compuso con el juez.

350

Le alvertiré que en mi pago  
ya no va quedando un criollo:  
se los ha tragao el hoyo,  
o juido o muerto en la guerra;  
porque, amigo, en esta tierra  
nunca se acaba el embrollo.

351

Colijo que jué por eso  
que me llamó el juez un día,  
y me dijo que quería  
hacerme a su lao venir,  
y que dentrase a servir  
de soldao de polecía.

352

Y me largó una proclama  
tratándome de valiente;  
que yo era un hombre decente,  
y que dende aquel momento  
me nombraba de sargento  
pa que mandara la gente.

353

Ansí estuve en la partida,  
pero ¿qué había de mandar?  
Anoche al irlo a tomar  
vide güena coyontura,  
y a mí no me gusta andar  
con la lata a la cintura.

354

Ya conoce, pues, quién soy;  
tenga confianza conmigo:  
Cruz le dio mano de amigo,  
y no lo ha de abandonar;  
juntos podemos buscar  
pa los dos un mesmo abrigo.

355

Andaremos de matreros  
si es preciso pa salvar;  
nunca nos ha de faltar  
ni un güen pingo pa juir,  
ni un pajal ande dormir,  
ni un matambre que ensartar.

356

Y cuando sin trapo alguno  
nos haiga el tiempo dejao,  
yo le pediré emprestao  
el cuero a cualquiera lobo,  
y hago un poncho, si lo sobo,  
mejor que poncho engomao.

357

Para mí la cola es pecho  
y el espinazo es cadera  
hago mi nido ande quiera  
y de lo que encuentro como;  
me echo tierra sobre el lomo  
y me apeo en cualquier tranquera.

358

Y dejo rodar la bola,  
que algún día se ha de parar-  
tiene el gaucho que aguantar  
hasta que lo trague el hoyo,  
o hasta que venga algún criollo  
en esta tierra a mandar.

362

Todos se güelven proyotos  
de colonias y carriles,  
y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos,  
mientras al pobre soldao  
le pelan la cucha- ¡ah, viles!

363

Pero si siguen las cosas  
como van hasta el presente,  
puede ser que redepente  
veamos el campo desierto,  
y blanquiando solamente  
los güesos de los que han muerto.

359

Lo miran al pobre gaucho  
como carne de cogote:  
lo tratan al estricote  
y si ansí las cosas andan,  
porque quieren los que mandan,  
aguantemos los azotes.

360

¡Pucha! Si usted los oyera,  
como yo en una ocasión  
tuita la conversación  
que con otro tuvo el juez;  
le asiguro que esa vez  
se me achicó el corazón.

361

Hablaban de hacerse ricos  
con campos en la fronteras,  
de sacarla más ajuera,  
donde había campos baldidos  
y llevar de los partidos  
gente que la defendiera.

364

Hace mucho que sufrimos  
la suerte reclusiva  
trabaja el gaucho y no arriba  
porque a lo mejor del caso,  
lo levantan de un sogazo  
sin dejarle ni saliva.

365

De los males que sufrimos  
hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:



en un lao pegan los gritos  
y en otro tienen los güevos.

366

Y se hacen los que no aciertan  
a dar con la coyuntura:  
mientras al gaucho lo apura  
con rigor la autoridá,  
ellos a la enfermedá  
le están errando la cura.

*XIII. A los indios me refalo*

367

ya veo que somos los dos  
astillas del mismo palo:  
yo paso por gaucho malo  
y usted anda del mismo modo;  
y yo, pa acabarlo todo,  
a los indios me refalo.

368

Pido perdón a mi Dios  
que tantos bienes me hizo,  
pero dende que es preciso  
que viva entre los infeles,  
yo seré cruel con los crueles:  
así mi suerte lo quiso.

369

Dios formó lindas las flores,  
delicadas como son;  
le dio toda perfección  
y cuanto él era capaz,  
pero al hombre le dio más  
cuando le dio el corazón.

370

Le dio claridá a la luz,  
juerza en su carrera al viento,  
le dio vida y movimiento  
dende la águila al gusano;  
pero más le dio al cristiano  
al darle el entendimiento.

371

Y aunque a las aves les dio,  
con otras cosas que inoro,  
esos piquitos como oro  
y un plumaje como tabla  
le dio al hombre más tesoro  
al darle una lengua que habla.

372

Y dende que dio a las fieras  
esa juria tan inmensa,  
que no hay poder que las venza  
ni nada que las asombre,  
¿qué menos le daría al hombre  
que el valor pa su defensa?

373

Pero tantos bienes juntos  
al darle, malicio yo  
que en sus adentros pensó  
que el hombre los precisaba  
que los bienes igualaba  
con las penas que le dio.

374

Y yo empujao por las mías  
quiero salir de este infierno:  
ya no soy pichón muy tierno  
y sé manejar la lanza,  
y hasta los indios no alcanza  
la facultá de gobierno

375

yo sé que allá los caciques  
ampan a los cristianos,  
y que los tratan de  
cuando se van por su gusto.  
¡A qué andar pasando sustos-!  
Alcemos el poncho y vamos.

376

En la cruzada hay peligros,  
pero ni aun esto me aterra:  
yo ruedo sobre la tierra  
arrastrao por mi destino;

y si erramos el camino-  
no es el primero que lo erra.

377

Si hemos de salvar o no,  
de esto naides nos responde;  
derecho ande el sol se esconde  
tierra adentro hay que tirar;  
algún día hemos de llegar-  
después sabremos a dónde.

378

No hemos de perder el rumbo:  
los dos somos güena yunta.  
El que es gaucho ve ande apunta  
aunque inora ande se encuentra;  
pa el lao en que el sol se dentra  
dueblan los pastos la punta.

379

De hambre no pereceremos,  
pues, sigún otros me han dicho,  
en los campos se hallan bichos  
de los que uno necesita-  
gamas, maticos, mulitas  
avestruces y quirquinchos.

380

Cuando se anda en el desierto  
se come uno hasta las colas;  
lo han cruzao mujeres solas  
llegando al fin con salú,  
y ha de ser gaucho el ñandú  
que se escape de mis bolas.

381

Tampoco a la sé le temo;  
yo la aguanto muy contento;  
busco agua olfatiando el viento  
y, dende que no soy manco,  
ande hay duraznillo blanco  
cavo, y la saco al momento.

382

Allá habrá siguridá  
ya que aquí no la tenemos;

menos males pasaremos  
y ha de haber grande alegría  
el día que nos descolguemos  
en alguna toldería.

383

Fabricaremos un toldo,  
como lo hacen tantos otros,  
con unos cueros de potro,  
que sea sala y sea cocina.  
¡Tal vez no falte una china  
que se apiade de nosotros!

384

Allá no hay que trabajar,  
vive uno como un señor;  
de cuando en cuando un malón,  
y si de él sale con vida,  
lo pasa echao panza arriba  
mirando dar güelta el sol

385

Y ya que a juerza de golpes  
la suerte nos dejó aflús  
puede que allá veamos luz  
y se acaben nuestras penas:  
todas las tierras son güenas;  
vamonós, amigo Cruz.

386

El que maneja las bolas,  
el que sabe echar un pial  
y sentársele a un bagual  
sin miedo de que lo baje,  
entre los mismos salvajes  
no puede pasarlo mal.

387

El amor como la guerra  
lo hace el criollo con canciones;  
a más de eso en los malones  
podemos aviarnos de algo;  
en fin amigo, yo salgo  
de estas pelegrinaciones.

388

En este punto el cantor  
buscó un porrón pa consuelo,  
echó un trago como un cielo,  
dando fin a su argumento;  
y de un golpe el instrumento  
lo hizo astillas contra el suelo.

389

Ruempo, dijo, la guitarra,  
pa no volverme a tentar;  
ninguno la ha de tocar,  
por seguro tengaló;  
pues naides ha de cantar  
cuando este gaucho cantó.

390

Y daré fin a mis coplas  
con aire de relación;  
nunca falta un preguntón  
más curioso que mujer,  
y tal vez quiera saber  
como jué la conclusión.

391

Cruz y Fierro de una estancia  
una tropilla se arriaron;  
por delante se la echaron  
como criollos entendidos,  
y pronto sin ser sentidos  
por la frontera cruzaron.

392

Y cuando la habían pasao,  
una madrugada clara  
le dijo Cruz que mirara  
las últimas poblaciones,  
y a Fierro dos lagrimones  
le rodaron por la cara.

393

Y siguiendo el fiel del rumbo  
se entraron en el desierto,  
no sé si los habrán muerto  
en alguna correría,  
pero espero que algún día  
sabré de ellos algo cierto.

394

Y ya con estas noticias  
mi relación acabé;  
por ser ciertas las conté,  
todas la desgracias dichas:  
es un telar de desdichas  
cada gaucho que usté ve.

395

Pero ponga su esperanza  
en el Dios que lo formó;  
y aquí me despido yo  
que he relatao a mi modo  
males que conocen todos,  
pero que naides contó

FIN de la Primera parte